

RELATOS SOBRE LA PRACTICA DE LA CAZA MENOR

1. Que factores influyen en hacerte cazador.

El ambiente en que te desenvuelvas es crucial a la hora de crear afición. La mayor influencia la tuve de la convivencia continuada con mi abuelo en las vacaciones de verano en la casa del pueblo. Los recuerdos se remontan a partir de cuando tenía unos diez años.

Cuando llegaban las vacaciones escolares de verano, se abría la casa del pueblo, pues reclamaba una vida en libertad. Mi abuelo aparecía por allí en los primeros días del mes de agosto, coincidiendo con la apertura de la media veda, en la que se podían cazar especies migratorias como la codorniz y las palomas tórtola y torcaz.

En la casa ya se empezaba a vivir cierto ambiente de caza. Coincidió con mi abuelo en determinados momentos, cuando llevaba el atuendo de cazador, pues salía al campo para comprobar como venía el año de codornices, para ver la querencia de las palomas y en definitiva para “hacer piernas”.

Uno de los recuerdos más impactantes era el regreso de mi abuelo a casa después de una jornada cinegética. *Nos situamos al final de la década de los cincuenta, cuando la caza era un deporte de minorías.* Con las personas que se cruzaba, independientemente de la edad, recreaban su mirada viendo, por la mañana, el manojo que “colgaba” de codornices y, por la tarde, de palomas. Mi grupo de chavales nos acercábamos para poder tocar y contar las “piezas” que iban en la “cuelga”. A cualquier comentario que le hicieran, él daba respuestas complacientes acompañadas de una sonrisa.

Cuando llegaba a casa, mi madre recibía con agrado la caza que le ofrecía y que le iba a permitir poder variar de menú; también, por los agradecimientos que recibiría cuando diéramos buena cuenta de los guisos que nos preparaba. A continuación, todos los pertrechos de la caza quedaban guardados en su cuarto. Se le veía un cazador satisfecho y la familia recibía con agrado aquellos momentos.

2. Como te integras en la práctica del deporte de la caza.

Cuando tenía unos trece años, comencé a acompañar a mi abuelo y nos íbamos a la “espera” de las palomas. El camino era de lo más entretenido, pues no le faltaban anécdotas para contarme.

La “espera”, que no era demasiado larga, estaba llena de sorpresas pues, con cierta frecuencia, se acercaban las palomas. En estos comienzos, yo participaba recogiendo las “piezas” abatidas y poniéndolas en la “cuelga”.

De regreso a casa, me sentía coprotagonista con mi abuelo, pues los amigos no paraban de hacerme preguntas para conocer detalles sobre mi vivencia.

Con quince años y después de haber ejercido un par de ellos de “morrallero”, me saqué mi primera “licencia de armas para cazar”, pues mi abuelo me había dado el visto bueno para utilizar su “Victor Sarasqueta” de 12 mm (*diámetro del cartucho*), que es la escopeta de cartuchos de perdigones con el calibre más pequeño.

A partir de este momento, empecé a adiestrarme en el manejo de la escopeta, siempre bajo la atenta mirada de mi abuelo. Enseguida superé la reacción de los disparos, que producían un retroceso de la misma sobre el hombro, a la vez que comprobaba que, a pesar de tratarse de una escopeta para críos, por sus dimensiones, sus efectos eran mortíferos, pues las palomas a las que apuntaba, posadas en las ramas de los olmos, caían muertas.

3. Como participo en el deporte de la caza.

Con dieciséis años y coincidiendo con mi acceso a la Universidad, recibí de mis padres como regalo una “escopeta de mayores”, es decir, del calibre 12, cuyos cartuchos son los de mayor diámetro. Constituimos una peña de unos doce amigos y arrendamos el “coto” del pueblo, donde practicábamos la caza menor en todas sus modalidades: “ojeo”, “en mano” y “al salto”.

La que luego resultó ser mi mujer, me acompañaba con cierta frecuencia a las cacerías, con el fin de compartir el tiempo disponible fuera de nuestras ocupaciones.

En el grupo había un buen ambiente, pues la diversión estaba garantizada por los buenos resultados que obteníamos, pues el régimen de caza organizada mediante “cotos” permite alcanzar un desarrollo sostenible de los recursos cinegéticos.

4. Como se ha transmitido la afición a uno de mis hijos.

Tengo dos hijos y a partir de los diez años comenzaron a venir conmigo a las cacerías “de ojeo”. Alternaban la compañía, pues juntos no era recomendable, para no descuidar su control con el fin de evitar posibles riesgos.

Ambos mostraban interés por el ambiente que vivían, pues a la emoción de los “lances” que presenciaban había que añadir la acogida que recibían del “grupo”. Se trata de un deporte en él que la mayoría de los cazadores tratan de crear afición.

Esta etapa de iniciación, en la que participaban de “morralleros” ayudando a “cobrar” las piezas abatidas, no lograron superarla del todo, pues no fueron capaces de resolver cuando se enfrentaban a una pieza que había caído herida.

Juan, añade a lo anterior que, con trece años y un carácter intrépido, tuvo un percance con una “escopetilla” de aire comprimido, cuando investigando su funcionamiento se le cerró el cañón y le pilló el dedo gordo de la mano izquierda. Creo que ambas circunstancias fueron la causa de que no continuara por este camino.

Javier, con un carácter tranquilo y responsable, siguió mis pasos practicando a mi lado con la escopeta de 12 mm, que había heredado de mi abuelo. Supo asimilar los consejos sobre el manejo de las escopetas, la práctica del tiro, el reconocimiento del cazadero y las estrategias que hay que desarrollar, por lo que pronto se hizo un buen tirador y mejor cazador. Los buenos resultados obtenidos le han llevado a que, en estos momentos, sigamos disfrutando juntos de la caza “en mano”.

14-04-2012